

famosa feminista e intelectual, conocida por el seudónimo de “Colombine” y fundadora de la Liga.

Por otro lado, en una investigación exhaustiva se rescatan del olvido muchos nombres de mujeres que destacaron en ese escenario, contextualizadas en sus licenciaturas, cargos políticos y trabajos profesionales. Por ejemplo, el de Georgina de Gaitán, cuñada de Jorge Eliecer Gaitán, que fue no sólo una de las universitarias, sino también la organizadora de los Comites Femeninos del movimiento gaitanista. De esta manera, la obra ofrece un hilo del que tirar para seguir recuperando la memoria sufragista de la época.

Además, la documentación fotográfica sobre las protagonistas es igualmente rica por su reconocimiento, y sugerente para recopilar datos sobre los perfiles de este grupo de mujeres de esa época: sus gestos, su peinado, su vestido.

La investigación se ha realizado a través de fuentes primarias, impresas y orales, amplia bibliografía, y se adjuntan dos índices, uno onomástico que da idea del gran número de protagonistas rescatadas, muy útil para identificarlas, y otro de carácter analítico. En resumen, se trata de una doble aportación, tanto para la historia de las mujeres de Colombia, como para la historia de la educación.

Lola G. Luna

Castellanos, Gabriela. *Inocencia ante el fuego*, Santiago de Cali. Facultad de Humanidades. Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad. Universidad del Valle : La Manzana de la Discordia, 2002

*¡Esto ya no es memoria!
Es la zarza sedienta
pidiendo al huracán
que trasplante semillas
a la tierra de nadie.*

Matilde Espinosa, Los ríos han crecido, 1955

Desde una larga herida

La estudiosa y también poeta Gabriela Castellanos ha ensamblado biografía y estudio literario en las conversaciones mantenidas con diversos miembros de la familia de Espinosa, con amistades y con la propia Matilde Espinosa, poeta de largo aliento nacida en Huila, junto al volcán el Nevado de Huila, en el Depar-

tamento del Cauca. Del volcán arranca el paralelismo que establece Castellanos ya desde el título *Inocencia en el fuego*, inocencia de una vida pasada a fuego y por tanto casi invulnerable, como si a Matilde Espinosa le hubiese sido dado el don de renacer una y otra vez en esta misma vida. Vida compleja, vida cumplida y vida constreñida a pesar del fuego de la pasión por habersele recordado que era una mujer de su época, o sea, de principio del siglo XX, por habersele recordado que carecía de derechos reales de ciudadana si escogía su propio camino, su propio pensamiento. Una escritora que sin saberlo ni desearlo podría tener como divisa este proverbio bereber: "Tu secreto es la sangre, si lo dejas escapar, morirás."

El aislamiento de la infancia en un ser sensible como ella, debió precipitar su necesidad de comunicarse. El aprender a leer a los cuatro años, y el empezar a escribir poemas de amor a los trece años —inspirada en el libro *El lector colombiano* con el que su madre daba clases de lectura a los indios— le permitieron el solitario refugio de la lectura y la escritura. Matilde Espinosa deviene bilingüe de forma espontánea, hablaba castellano en casa y nasa con los indios; quizá de este mestizaje procede la fuerza de su léxico y, sin duda, el contenido telúrico de sus poemas, y el descubrimiento de la estética mitológica precolombina.

Ajena a la biología, tan ignorante en este terreno como la mayoría de las mujeres de su época e incluso de épocas posteriores, hubo de pasar los ritos femeninos de iniciación de la forma más brutal. Habla de la total ignorancia con respecto al significado de la menstruación, y de un primer matrimonio desgraciado y violento. Matilde Espinosa dice haber tenido obligaciones de adulta desde niña al colaborar con su madre en el cuidado de sus hermanos, y confiesa: "(...) y yo me convertí en la madre de mi madre."

Los poemas de Espinosa al hilo de sus amores y de los tumultos políticos de Colombia nos muestran una poeta muy enraizada en lo cotidiano aunque con una amplia visión mundana que le otorgan una peculiar voz -no en vano vivió con su primer marido, el pintor Efraím Martínez, tres años en París donde nacieron sus dos hijos, y ya con su segundo esposo, que llegaría a ser Magistrado de la Corte Suprema y Rector de la Universidad Nacional y que le abrió las puertas de la llamada alta sociedad, viajó a la Unión Soviética junto al poeta mexicano Efraím Huertas, entre otros: allí se decepcionó hasta la enfermedad, según comenta, del modelo político comunista al que había estado ligada en la década de los treinta, como lo había estado a grupos feministas, y había conocido la guerrilla colombiana, según la poeta, muy distinta de la actual.

Una vida llena de contrastes, de alegrías apenas pergeñadas, de tristezas contumaces que en ocasiones llegan a anestesiarla emocionalmente: "A veces me sucede una cosa terrible, ¿sabes? Siento que no quiero a nadie, que no me queda ni un asomo de afecto por nadie, por nadie. Afortunadamente esa sensación no me dura. Pero es un sentimiento de una aridez total." Esos vaivenes, esas bajadas al infierno se reflejan muy bien en una poesía escrita desde la herida abierta,

desde una memoria impenitente que se niega a olvidar el dolor. Es su poesía última más descarnada y esencial; será la palabra el único lenitivo posible ahora que la experiencia le ha confirmado que “la alegría más grande es escribir.”

Esta poeta influida por Antonio Machado y por Vallejo, como ella reconoce, ha sido ampliamente estudiada en Colombia y está considerada una especie de precursora de la poesía social colombiana, sin olvidar la profundidad y el lirismo de la obra madura. En su docena de libros, *Los ríos han crecido* (1955), *Por todos los silencios* (1958), *Afuera, las estrellas* (1961), *Pasa el viento* (1970), *El mundo es una calle larga* (1976), *La poesía de Matilde Espinosa* (Selección, 1980), *Memoria del viento* (1987), *Estación desconocida* (1990), *Los héroes perdidos* (1994), *Señales en la sombra* (1996), *La sombra en el muro* (1997) y *La ciudad entra en la noche* (2001), publicados a lo largo de casi medio siglo, se aprecia el compromiso social, evidentemente, pero como han destacado sus más recientes estudiosos lo más predominante es su manera de expresar el dolor ajeno como si fuera propio. Como nos recuerda Gabriela Castellanos, Espinosa en su primer libro, publicado en 1955, se centra en los indígenas desplazados, insurgentes y masacrados, el éxodo de los más débiles, incluidos los niños y, como consecuencia, en los pueblos rurales abandonados; el desamparo y el hambre de masas de población, algo que sigue siendo terriblemente vigente en distintas partes del mundo. Castellanos se refiere al tipo de amor universal que expresa Matilde Espinosa, así en su última entrega *La ciudad entra en la noche*, apunta la estudiosa que “la ciudad no es sólo el escenario del amor; es ella misma una mujer sufriente, consorte del cielo que la cubre pero violada por todos (...)”. Esto me recuerda el exacto sentido que le da la poeta mexicana Mónica Mansour a algunos poemas propios referidos a la Ciudad de México. Esa larga herida que produce ver el atropello de lo que amamos. Gabriela Castellanos también pone el acento en “el amor imprevisto de los encuentros casuales” y cita estos versos del mismo libro: “creador de universos donde gobierna / la inconcebible belleza.”

El libro de Gabriela Castellanos está escrito como si fuera un reportaje, la decisión de convertir en casi un documental los avatares de la poeta Matilde Espinosa convierte la biografía en una especie de novela que se lee con fluidez y curiosidad creciente al margen de los datos verídicos.

Es una lástima que en España no se editen libros de estas características, pues aportan una profunda riqueza acerca de la vida y la obra de quienes se dedican a transformar la realidad en cosmos oníricos y potentes donde darles reposo al alma y a la vida encanallada: “Invoco el amor / que nace en las calles / en las ciudades (...)” [*La ciudad entra en la noche*]. La poesía de Matilde Espinosa nos ayuda a entrar en lo más luminoso.

Neus Aguado